

siempre deshonrada. Pero yo creo que tendréis bastante juicio para resignaros á sufrir una desgracia, grande sin duda alguna, pero de la cual no soy responsable. » « ¡ Pero al fin soy madre, señor Ferrán ! y si me roban mi fortuna, no me queda en el mundo más recurso que algunos muebles de poco valor... y luego que los venda quedaremos en la miseria... en una miseria espantosa, señor Ferrán... » « Habéis sido engañada, señora : siento vuestra desgracia, pero ninguna parte tengo en ella, » me repuso el notario. « Vuelvo á repetiros, señora, que vuestro hermano os ha engañado. Si dudáis entre su palabra y la mía, demandadme : ahí están los tribunales. » — Ya podréis figuraros como saldría yo de casa del notario. ¿ Qué me quedaba que hacer en tan horrible situación? Sin títulos para probar la validez de mi crédito, convencida de la severa probidad de mi hermano, confundida por la negativa de Mr. Jaime Ferrán, sin una persona que me aconsejase, porque vos viajabais á la sazón, conociendo que se necesita dinero para tomar dictamen de los jurisconsultos, y no queriendo exponer lo poco que me quedaba, no me atreví á emprender un pleito de esta naturaleza. Entonces fué cuando... »

Aquí terminaba el borrador, porque algunas líneas que seguían estaban ininteligibles ; más al fin de la página leyó Rodolfo estas palabras :

« *Escribir á la señora duquesa de Lucenay, para el señor de Saint Remy.* »

Quedó pensativo Rodolfo después de haber leído el fragmento de la carta, en el cual se hallaban combinados estos dos nombres de un modo que le llamó la atención. Aunque no estaba probada la nueva infamia de que se acusaba á Jaime Ferrán, se había mostrado aquel hombre tan implacable y desapiadado con el infeliz Morel, y tan infame con Luisa su hija, que la negativa del depósito, protegido por una impunidad segura, no era de extrañar en un miserable como él.

Aquella madre, que reclamaba su fortuna desaparecida como por encanto, estaba sin duda acostumbrada á las comodidades de la vida. ¡ Qué amarga no sería la existencia de aquellas dos mujeres, al ver arruinada su fortuna por un golpe tan repentino, sin conocer á nadie en París, privadas acaso de todo recurso y solas y sin amparo en medio de esta inmensa ciudad !

Sabemos que el príncipe había ofrecido á la marquesa de Harville mezclarla en *algunas intrigas*, diciéndola á la ventura y sólo por aligerar sus penas que tendría que hacer alguna buena obra, porque contaba con que antes de su próxima entrevista con la marquesa no dejaría de presentarse algún infortunio á que atender. Esperaba pues que el acaso le depararía alguna noble desgracia que, según su proyecto, interesaría el corazón y el espíritu de la marquesa. El borrador que tenía en la mano, cuya copia sin duda no había sido enviada á la persona cuyo auxilio se imploraba, indicaba un carácter altivo y resignado, que no sufriría el ofrecimiento de una limosna. En tal caso, ¡ cuántas precauciones y miramientos delicados no era necesario usar para ocultar el origen de un

socorro generoso, ó para que se aceptase este socorro!... ¡ Y cuánta sutileza no era menester para introducirse en la casa de esta mujer, á fin de juzgar si en realidad merecía el interés que inspiraba ! Rodolfo preveía en este lance una multitud de emociones nuevas, tiernas é interesantes, que debían *divertir* singularmente á la marquesa de Harville, según la había prometido.

— ¡ Hola, esposo ! — dijo Alegría á Rodolfo con tono festivo — ¿ qué quiere decir ese pedazo de papel viejo qué estás leyendo ?

— ¡ Qué curiosa eres, querida mía ! — respondió Rodolfo : — luego te lo diré... ¿ Has echo ya tus compras ?

— Sí : vuestros protegidos van á estar como unos reyes. Ahora sólo falta pagar á la señora Salmona, que es mujer que se aviene á la razón... no se le puede negar.

— Otra idea se me ocurre, *esposa* : ¿ queréis ir á comprar, mientras pago á la señora, vestidos para la mujer de Morel y sus niños? Confieso mi torpeza para estos negocios. Haréis que los traigan aquí, y con eso no haremos más que un viaje, y todo lo recibirán junto y de una vez los pobrecillos.

— Siempre os sobra razón, *marido* mío. Esperad un momento, que no tardaré en volver. Conozco á dos mercaderes, de quienes soy parroquiana, y en su tienda hallaré todo lo que nos hace falta. — Y Alegría se marchó, diciendo al separarse de la tendera :

— Señora Salmona, os confío mi marido : ¡ cuidado que no hay que echármelo á perder !

Y ligera como el pensamiento desapareció riendo entre la muchedumbre.

## VI

### UN DESCUBRIMIENTO

— No se puede negar — dijo la tía Salmona á Rodolfo luego que se marchó Alegría — no se puede negar que tenéis una compañerita de lo más fino. ¡ Cásputa!... Sabe comprar como si nunca hubiera hecho otra cosa. Y luego es tan linda con su cara de rosa, y sus grandes ojos negros y su pelo negro también...

— ¿ No es verdad, señora Salmona, que me puedo llamar dichoso sólo con ser marido de una mujer así?

— Tan dichoso por vuestra parte como ella por la suya... no tengo la menor duda.

— No os engañáis, por cierto. Pero vamos á ver lo que os debo.

— Vuestra linda mujercita no ha querido subir un maravedí de 330 francos



por todo; y como hay Dios que no gano más que 15 francos en lo que me lleváis, porque no lo he comprado tan barato como pudiera... no tuve corazón para regatear con una gente que me pareció tan desgraciada!...

— ¿Son las mismas personas á quienes habéis comprado aquel escritorio pequeñito?

— Las mismas... ¡ah! ¡si las vierais se os partiría el corazón! Figuraos que anteayer vino aquí una señora joven y muy hermosa aún, pero tan descolorida y tan flaca que daba dolor el mirarla... nadie conoce eso como nosotros. Aunque venía de veinte y cinco alfileres, como suelen decir, el mantón de lana negro muy gastado, el vestido de alepin también negro y sembrado de zurcidos, y un sombrero de paja á la moda de enero (la señora gastaba luto), indicaban lo que nosotros llamamos una *miseria señoril*, porque estoy segura de que es una señora de buena familia: por último me preguntó toda avergonzada si quería comprar el servicio completo de dos camas y un escritorio antiguo. Yo le respondí que para vender era preciso comprar, y que si me convenía el negocio, era cosa hecha; pero que antes deseaba ver la mercancía. Me dijo que la acompañase, pues no vivía lejos de aquí, al otro lado del baluarte en una casa del muelle de San Martín. Dejo la tienda al cuidado de mi sobrina, me voy con la señora, llegamos á una casa de medio pelo, como suelen decir, que estaba metida allá en el fondo de un patio; subimos al cuarto piso, llama la señora á la puerta y nos abre una señorita de catorce años, también vestida de luto, y tan pálida y flaca como la señora; pero sin embargo, hermosa como un sol... y tan hermosa que yo me quedé extática.

— ¿Y esa joven?

— Era hija de la señora enlutada... Á pesar del frío que hacía, la pobrecilla no tenía sobre su cuerpo (lo he visto por mis ojos), más que un vestido de indiana negro con pintas blancas, y un pañolón de luto muy usado.

— ¿Y era muy miserable la habitación?

— Figuraos, caballero, dos piecitas muy aseadas, pero tan limpias de muebles, tan frías que daba ganas de morir el verlas; en primer lugar una chimenea sin ceniza y limpia como una patena, diciendo que hacía mucho tiempo que no se había hecho fuego en ella. Todo el mueblaje consistía en dos camas, dos sillas, una cómoda, un baúl viejo y un pequeño escritorio: sobre el baúl había un lio envuelto en un pañuelo, que era todo lo que les quedaba á la madre y á la hija una vez vendidos los muebles. El dueño de la casa se había cobrado con los dos catres, las sillas y el baúl de lo que le debían, según me dijo el portero que había subido con nosotras. Entonces la señora me suplicó que tasase los colchones, las sábanas, las cortinas y los cobertores; y en verdad os digo, caballero, que, á fe de mujer honrada, aunque mi oficio es el comprar barato y vender lo más caro posible, cuando he visto á la pobre

señorita con los ojos llenos de lágrimas, y á su madre que á pesar de la serenidad que aparentaba tenía ganas también de llorar, allá por adentro, he tasado en 15 francos poco más ó menos mi utilidad, y eso alargándome hasta más no poder. Sólo por servirles les he tomado ese pequeño escritorio, á pesar de que no es artículo de mi trato...

— Os lo compro yo, señora Salmona.

— Me alegro mucho, caballero, porque sino ahí se estaría eternamente... Sólo lo he comprado por servir á las pobrecillas. Cuando la dije el precio que ponía á la ropa y al escritorio, esperaba que empezase á regatear y á pedir más como de costumbre... pero nada de eso, caballero; y por ahí me he convencido de que no era gente común... *Miseria señoril*, caballero: ¡pobres señoras! En esto le dije: «Es tanto.» Y me respondió: «Está bien. Vamos entonces á vuestra tienda y me pagaréis, porque no quiero volver á esta casa.» Y luego dijo á su hija que lloraba sentada sobre el baúl: «Clara, coge ese lio...» (Me acuerdo muy bien de su nombre; la llamada Clara.) Levantóse la señorita; pero al pasar por delante del escritorio se dejó caer de rodillas delante de él, y empezó á llorar con unos sollozos que partían el alma. «Valor, hija mía: mira que hay gente delante,» le dijo su madre á media voz, que oí sin embargo. Ya veis, caballero, que aunque son personas pobres, tienen también su orgullo. Cuando la señora me entregó la llave del pequeño escritorio, se asomó una lágrima á sus ojos hinchados y encendidos; y aunque parecía oprimírsele el corazón al separarse de esa prenda, procuraba sin embargo mantener su dignidad y su aplomo delante de los extraños. Por último, dijo al portero que yo iría á recoger todo lo que no pertenecía al amo de la casa, y nos volvimos aquí. La señorita daba el brazo á su madre y traía en la mano el pequeño lio con todo cuanto les había quedado. Les conté los 315 francos, y desde entonces no he sabido de ellas.

— ¿No sabéis su nombre?

— No, señor; como la señora me había vendido las prendas delante del portero, no tenía necesidad de saber su nombre... y además no había duda que los efectos eran suyos.

— ¿Y dónde viven ahora?

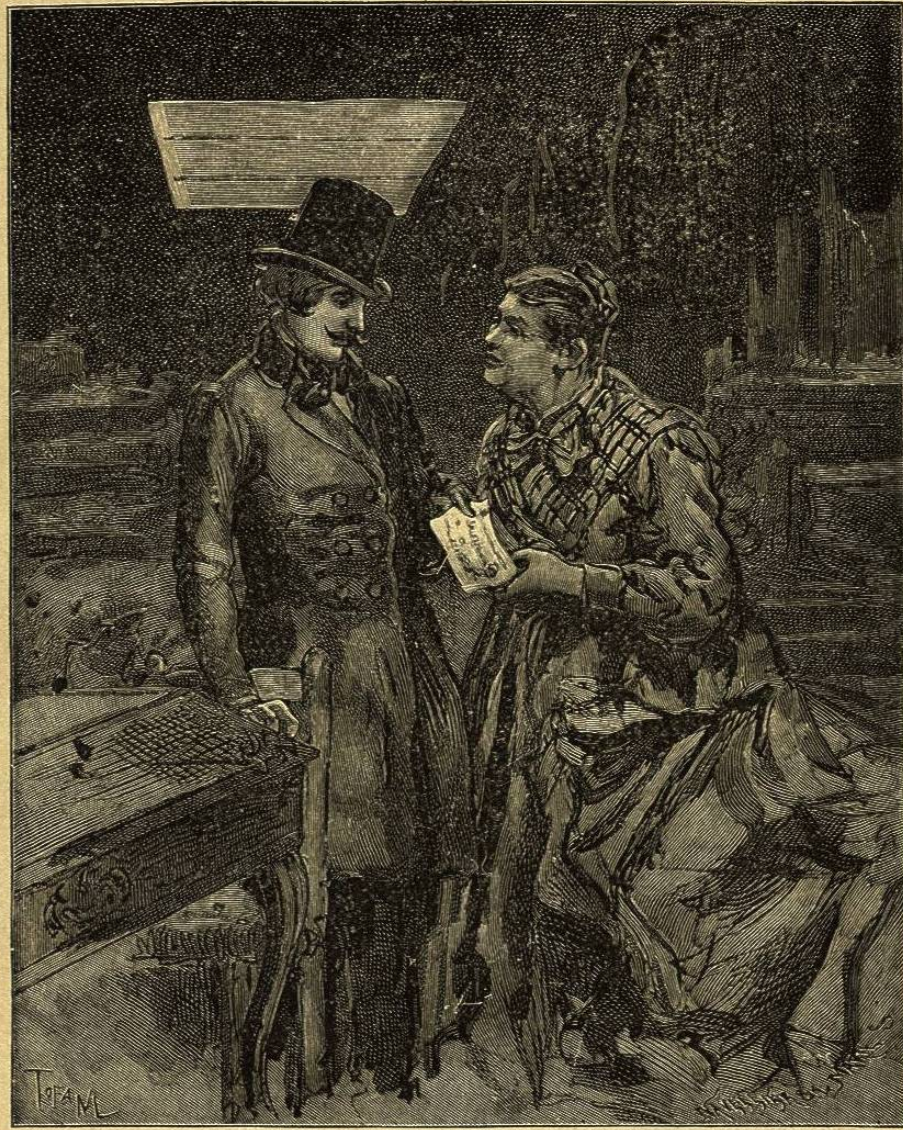
— Tampoco lo sé.

— ¿Y no darán razón en donde vivió antes?

— Tampoco lo saben. Cuando volví á recoger las prendas, me dijo el portero hablando de las dos señoras: «Eran bien pacíficas, y tan respetables como desgraciadas. ¡Quiera Dios que no les suceda algún desastre! porque á pesar de aquella serenidad, no hay duda que el pesar les devora el corazón.» «¿Y adónde van á dar consigo á estas horas?» le pregunté. «Por Dios que no lo sé,» me repuso: «se marcharon sin decírmelo... y estoy cierto de que no volverán.»



Desvaneci6se la esperanza que Rodolfo habia concebido por un momento. ¿C6mo podría descubrir el paradero de estas dos mujeres, sin m6s indicio que



Cobraos, señora, — dijo Rodolfo á la revendedora...

el nombre de la hija y el fragmento del borrador de una carta, en el cual se leían estas palabras :

« *Escribir á la señora duquesa de Lucenay, para el señor de Saint Remy.* »

El único medio, aunque incierto, de descubrir á estas desgraciadas era la

duquesa de Lucenay, que afortunadamente pertenecía á la sociedad de la marquesa de Harville.

— Cobraos, señora — dijo Rodolfo á la revendedora entregándole un billete de 500 francos.

— Voy á daros la vuelta, caballero.

— ¿ En dónde hallaremos un carro para llevar todo eso?

— Si no es muy lejos bastará una carretilla de mano; el tío Jeromo tiene una : vive aquí cerquita y es mi mandadero ordinario... ¿ En dónde vivís, caballero?

— Calle del Templo, n.º 17.

— ¿ Calle del Templo, n.º 17?... ¡ No conozco otra cosa!

— ¿ Habéis ido alguna vez á esa casa?

— Muchas. En primer lugar os diré que he comprado varios vestidos á una usurera que vive allí y que da dinero sobre prendas... el oficio no es muy limpio... pero á mi ni me va ni me viene... ella vende y yo compro, y ni me debe ni la debo... Otra vez, hará como unas seis semanas, he vuelto á la casa para comprar los muebles de un joven que vivía en el cuarto piso, y que se mudaba...

— ¿ Acaso el señor Francisco Germán? — exclamó Rodolfo.

— Él mismo... ¿ le conocéis?

— Muchísimo. Por desgracia no ha dicho adónde se mudaba cuando dejó la casa, y ahora no sé donde encontrarlo.

— Pues yo puedo complaceros.

— ¿ Sabéis en dónde vive?

— No lo sé precisamente; mas puedo deciros en donde lo hallaréis con toda seguridad.

— ¿ En dónde?

— En casa del notario para quien trabaja.

— ¿ De un notario?

— Que vive en la calle de Sentier.

— ¿ El señor Jaime Ferrán? exclamó Rodolfo.

— Él mismo : un hombre muy santo y muy devoto por cierto. Tiene en su despacho un crucifijo de palo bendito; parece aquello un oratorio.

— ¿ Y cómo habéis sabido que el señor Germán trabaja en casa del notario?

— Os lo diré en dos palabras. Vino un día á proponerme que le comprase todos sus muebles; y aunque algunos de ellos no eran de mi trato, sólo por servirlo, porque es un mozo que me agrada mucho, se los he comprado todos y los fui vendiendo al menudeo. Como digo, le pagué los muebles, y sin duda quedó satisfecho de mí, porque al cabo de quince días vino otra vez á comprarme ropa de cama, acompañado de un mozo con una carretilla. Cuando



todo estaba ya cargado, héteme aquí que el bueno del muchacho se encuentra con que no había traído dinero; pero como tiene trazas de hombre honrado, le dije: «Llevaos la ropa, que ya iré por el dinero á vuestra casa,» «Está bien,» me respondió; «pero yo no estoy nunca en mi casa; llegaos más bien mañana á la calle de Sentier, casa del notario Mr. Jaime Ferrán, en donde estoy empleado, y os pagaré.» Al día siguiente fui allá y me pagó: pero lo que yo no puedo entender es por qué habrá vendido los muebles para comprar otros á los quince días.

Rodolfo creyó adivinar y adivinó ciertamente la razón de esta singularidad, figurándose que Germán había querido hacer perder sus huellas á los miserables que lo perseguían; y á fin de que la conducción de los muebles no les descubriese su nueva habitación, había preferido venderlos y comprar otros en seguida. Sintió el príncipe el más vivo gozo al pensar que madama Georges abrazaría por fin á aquel hijo, por quien había suspirado en vano tanto tiempo. Volvió en esto la costurera con la risa en los labios y los ojos saltando de alegría.

— ¿No lo decía yo? — dijo en voz alta; ya veis cómo no me he engañado, pues sin gastar más que 640 francos, los de Morel estarán como príncipes... ¡Mirad que cargados vienen los mercaderes!... Nada falta ya para una casa bien puesta, porque hasta he comprado unas parrillas, dos lindas cacerolas estañadas de nuevo y una cafetera. Pero yo me dejé de cuentos, y dije: Ya que quieren echarla de largo, echémosla de largo... Con estas idas y venidas allá van tres horas perdidas... Vamos, pagad pronto, vecino, y vámonos de aquí que va á ser mediodía; no tendré que dar poco á la aguja para desquitar esta mañana.

Rodolfo pagó y salió del Templo con Alegría.

## VII

### APARICIÓN

Al entrar ambos en el portal de la casa, hubieron de ser derribados por madama Pipelet, que turbada, aturdida y sin aliento corría como una loca...

— ¡Ave María! — exclamó la costurera — ¿qué tenéis, madama Pipelet? ¿á dónde corréis de ese modo?

— ¡Sois vos, señorita Alegría?... — gritó Pomona — la Providencia os envía, señorita... venid, corred, ayudadme á salvar la vida de Alfredo...

— ¿Qué decís?

— ¡Ah! ¡se ha desmayado, tened piedad de nosotros!... corred por Dios, id á comprar dos sueldos de aguardiente de ajeno... del más fuerte, porque es lo

único que le sienta bien cuando le da el ataque. Tened por Dios compasión y hacedme este servicio... no puedo dejar solo á mi Alfredo. ¡Jesús, estoy aturdida!

Alegría soltó el brazo de Rodolfo y corrió hacia la aguardentería.

— ¿Qué ha sucedido, madama Pipelet? — preguntó Rodolfo siguiendo á la portera que se retiraba á su cuarto.

— No sé, señor, no sé lo que ha pasado. Había salido para ir á la alcaldía, á la iglesia y á la fonda, porque Alfredo no está para esos tragines, y cuando vuelvo... ¿qué os parece que me echo á la cara? ¡Ah, señor! ¡estaba patas arriba peleando con el accidente!... Entrad, señor Rodolfo — dijo madama Pipelet abriendo la portera, — mirad ese espectáculo, señor Rodolfo.

El espectáculo era en efecto lamentable. Monsieur Pipelet, sentado en el suelo y arrimado de espaldas á un pie de la cama, tenía puesto el enorme sombrero de problemático castor que le cubría los ojos, más calado que de costumbre, sin duda por algún esfuerzo violento como indicaba una abolladura diagonal. Había cesado el desmayo, y empezó á hacer algunos movimientos como si quisiera alejar de sí alguna cosa y luego intentó levantar la improvisada visera.

— ¡Ya vuelve en sí! — exclamó la portera; y luego se inclinó y dijo gritando al oído de su marido: — ¿Qué tienes, Alfredo del alma mía?... mira que soy tu Pomona... ¿Cómo estás, corazoncito mío?... He enviado por una copa de aguardiente de ajeno... verás cómo te da ánimos... — Y con una voz de falsete muy cariñosa, continuó: — ¡Lo quisieron matar, lo quisieron asesinar... á esta prenda de mis entrañas!

Alfredo dió un profundo suspiro, y lanzó con un gemido esta palabra fatídica:

— ¡CABRIÓN!!!

Y con las manos trémulas pareció que quería separar de sí alguna visión horrible.

— ¡Cabrión! ¡otra vez ese infernal Cabrión! — exclamó madama Pipelet.

— Alfredo pasó la noche soñando con él y me ha estropeado á coces: ese monstruo es una pesadilla. No sólo ha envenenado sus días sino también sus noches, y hasta en los sueños le persigue... como si Alfredo fuese un criminal, y ese maldito Cabrión un remordimiento eterno que lo consumiese.

Sonrióse Rodolfo suponiendo alguna nueva travesura de parte del antiguo vecino de Alegría.

— Respóndeme, Alfredo; no te hagas el mudo que me das miedo — dijo madama Pipelet: — vamos, serénate. ¿Para qué te acuerdas de ese tigre de Hircania? ya sabes que cuando piensas en él te hace el mismo efecto que la verdura... te revuelve la bilis y te ahogas, prenda mía.